

El descubrimiento de la tumba en Palenque (Primera parte)

Fernando Benítez

Nota editorial

En 2002 se cumplió medio siglo del descubrimiento de la tumba del Templo de las Inscripciones por Alberto Ruz Lhuillier, ocurrido en 1952. Como parte de las celebraciones de este acontecimiento, el Boletín LAKAMHA³ ha decidido incluir la crónica que sobre dicho hallazgo escribió Fernando Benítez en 1955. Publicado bajo el título de "EL DESCUBRIMIENTO DE LA TUMBA EN PALENQUE", su trabajo apareció publicado en el suplemento MÉXICO EN LA CULTURA del diario NOVEDADES el día 6 de noviembre de ese año. Agradecemos al arqueólogo Arnoldo González el habernos facilitado esa publicación. De esta manera, rescatando del olvido la vibrante prosa del maestro Benítez, su crónica vuelve a ver la luz a través de nuestro boletín. Por razones de espacio, este número solamente incluye la primera parte, dejando para el próximo la segunda.

El artículo del maestro Benítez narra, paso por paso, los episodios que llevaron al gran hallazgo, tiene el fresco sabor del reportaje periodístico y la emotividad de la narración literaria. Su crónica del acontecimiento surgió a partir de una entrevista que hizo a Alberto Ruz (quien era su amigo), después complementada con la consulta de sus informes arqueológicos. Periodista de oficio e historiador y antropólogo por vocación, Fernando Benítez es una de las personalidades más importantes del ámbito cultural mexicano del siglo XX. Nacido en la ciudad de México (1912), fundó y dirigió varios periódicos y suplementos culturales (como el propio MÉXICO EN LA CULTURA) y escribió cientos de reportajes, crónicas y ensayos. Algunas de sus obras más conocidas son LA RUTA DE HERNÁN CORTÉS (1950), KI, EL DRAMA DE UN PUEBLO Y DE UNA PLANTA (1956), VIAJE A LA TARAHUMARA (1960), EL AGUA ENVENENADA (1961) y LOS INDIOS DE MÉXICO (4 vols., 1967-1972), que han sido traducidas a varios idiomas.

Cuando el arqueólogo proyectó la luz de una lámpara eléctrica al través del agujero recién abierto por la barreta de Guadalupe Pech, sus gritos de admiración y de alegría resonaron extrañamente por el hueco de la estrecha escalera descubierta en el interior del Templo de las Inscripciones. Los trabajadores mayas y los arqueólogos se apretaban a su lado y hacían preguntas ansiosas, como si de pronto todos se hubieran vuelto locos.

"¿Qué ves? Dinos, ¿qué ves?"

"Veo una cámara" —respondió el arqueólogo en jefe Alberto Ruz Lhuillier, pegado contra el muro y respirando afanosamente.

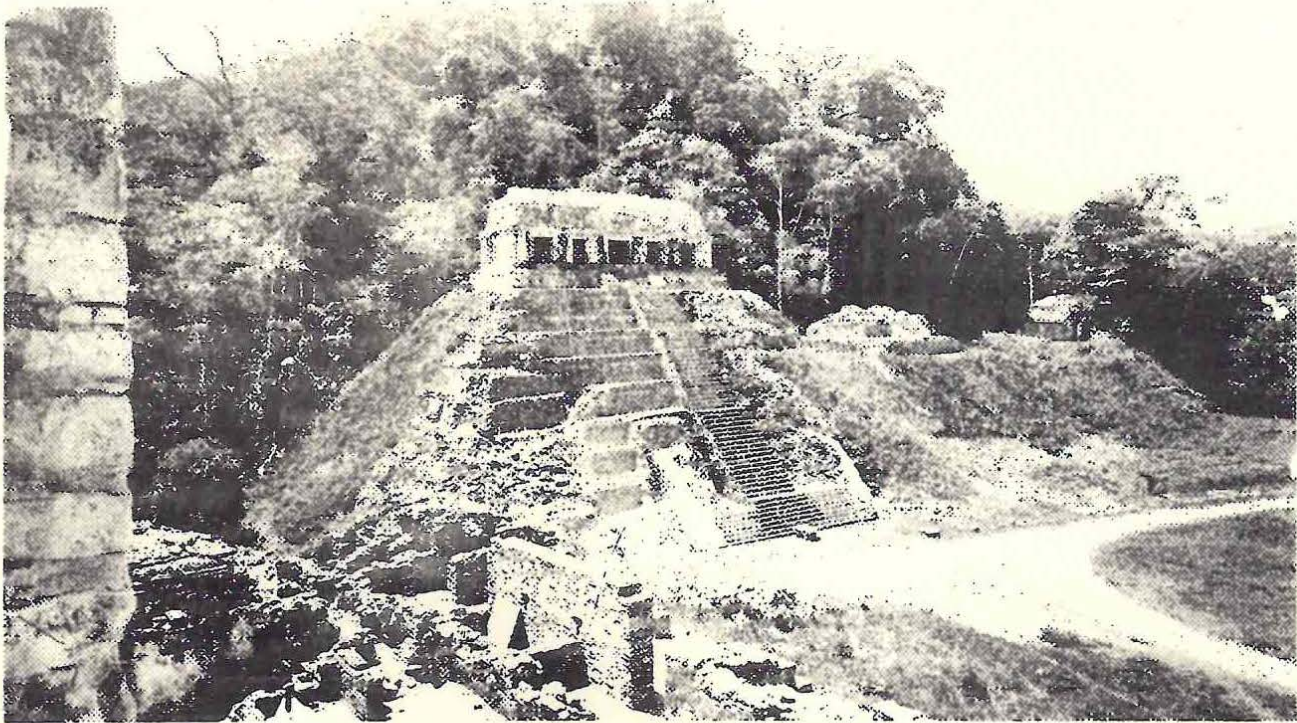
"¿El tesoro? ¿Es el tesoro?"

"No lo sé. Es algo fantástico. Un cuento de hadas. Las columnas, la bóveda, los muros

parecen tallados en hielo. El suelo brilla como la nieve. Delgadas estalactitas penden del techo, semejantes a frágiles doseles, y gruesas estalagmitas son como cirios apagados en una oscura capilla".

El cono de luz fría se detenía brevemente en los jeroglíficos pintados de rojo y esculpidos en los bordes de una gran losa que llenaba la cámara, rescataba de la sombra una procesión de sacerdotes velados por el encaje de las formaciones calcáreas y de nuevo recorría las brillantes lágrimas, los cirios extintos, los cristalinos juegos y las formas invernales que decoraban la cámara secreta.

Aquél descubrimiento era el resultado de cuatro años de una investigación arqueológica en que la esperanza se había mezclado al pesimismo, la impaciencia a la espera dilatada, el



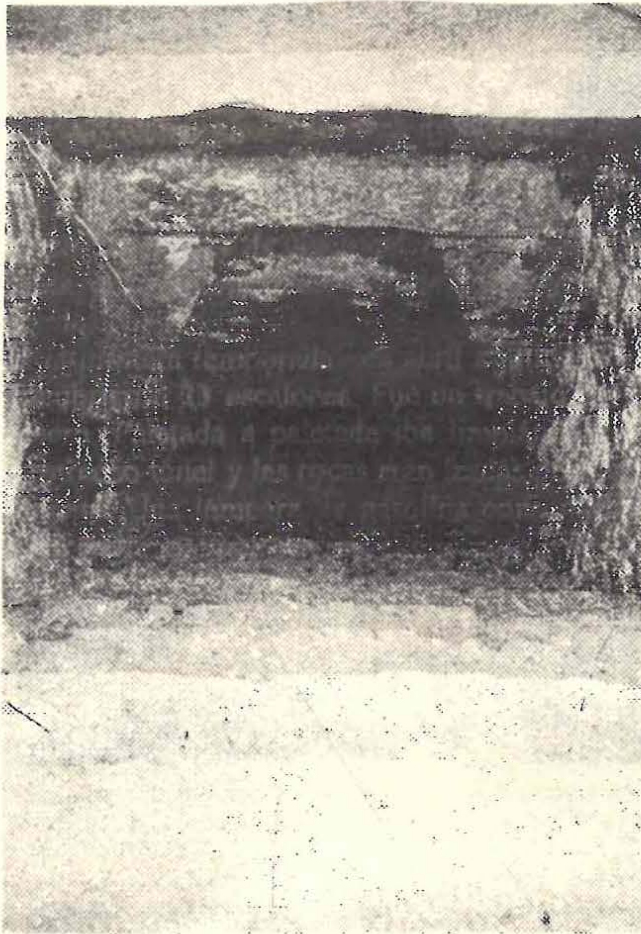
El descubrimiento de la cámara funeraria del Templo de las Inscripciones, por Alberto Ruz L'Huillier, ha sido considerado como el hallazgo más notable en los anales de la arqueología precolombina. Vista del edificio durante el proceso de excavación.

sueño que inventaba un nuevo Tutankamen en el bosque tropical de Palenque al amargo presentimiento de enfrentar, después de un trabajo agobiante, el vacío, la frustración, o si se nos permite expresarlo así, el anticlímax. El problema estaba planteado mil años atrás. Unos sacerdotes mayas habían tratado, con toda su penetración y sus poderosos recursos, de mantener en el misterio la tumba de su amado señor valiéndose de numerosas y exquisitas precauciones, y un joven arqueólogo se había empeñado en descifrarlo mil años después, guiado por frágiles indicios.

* * *

La reconstrucción de ese gran drama histórico se inició el año de 1949 en el alto vestíbulo del Templo de las Inscripciones. Al parecer, el templo, como todos los de Palenque, no ofrecía, fuera de su eminencia y del largo número de sus jeroglíficos, nada inquietante. Además, sabíase de sobra que la pirámide maya -a diferencia de la egipcia- es sólo la plataforma de un santuario y aunque puede ocultar en su interior otras viejas pirámides sepultadas, a nadie se le hubiera ocurrido la

extravagante idea de emprender una excavación, para descubrir el sepulcro de un señor palencano. Pero los ojos del arqueólogo no son iguales a los nuestros. Un borde de estuco roto, el dibujo de un plato, un fémur estropeado, como para el detective un cigarrillo a medio consumir, una borrosa huella dactilar o un papel arrugado, señalan una pista, son los indicios que le permitirán -si la suerte le es favorable- desenmarañar la enredada madeja del misterio. Los sacerdotes mayas, a pesar de su evidente sagacidad no lograron borrar todas las huellas comprometedoras. Dos pequeños errores -imputables en todo caso al arquitecto- dieron a Alberto Ruz el primer rastro. El piso del templo, a diferencia de los otros, no es de estuco sino de pulidas y bien ajustadas losas, una de las cuales mostraba diversos agujeros dispuestos en doble hilera y cubiertos con tapones de piedra. ¿Qué significa esa losa perforada? ¿No era lícito imaginar que pudiera cubrir la entrada de un pasaje subterráneo? Ruz excavó a los lados y halló que los muros del templo se prolongaban, ostensiblemente, bajo el piso del vestíbulo, lo cual le permitió hacerse de un segundo dato impor-



Primer tramo de la escalinata que conduce a la tumba del Templo de las Inscripciones, noviembre de 1952.

tante: originalmente una construcción inferior estuvo ligada con el templo.

Dueño de una pista -cierto que era una pista insegura- Alberto removió la losa y se inició la excavación, poniéndose al descubierto la enorme clave de una bóveda. A los dos metros surgió un escalón, luego un segundo y un tercero: se trataba de una escalera si bien obstruida por una masa de cal, de tierra y de grandes piedras.

En la primera temporada -de abril a julio- se descubrieron 23 escalones. Fue un trabajo de minero. Paletada a paletada iba limpiándose el estrecho túnel y las rocas eran izadas penosamente. Una lámpara de gasolina consumía el poco aire que entraba por el hueco de la losa removida. Ruz, sentado en el vestíbulo, trataba de justificar la finalidad de la escalera elaborando hipótesis ingeniosas. ¿Era un escotillón que permitía a los sacerdotes aparecer y desvanecerse súbita y milagrosamente ante los ojos asombrados de los devotos? ¿Era un

pasaje defensivo utilizado en casos de guerra? ¿Era simplemente, un fácil medio de acceso para los guardianes del templo? Las respuestas estaban sepultadas más allá de los 23 escalones. Había que esperar. Ruz volvió a Mérida y redactó un minucioso informe de todo lo acaecido durante los primeros 4 meses de su trabajo. El informe concluía con una afirmación optimista: "El año próximo quedará resuelto el misterio de la escalera".

En la segunda temporada de 1950 Ruz descubrió nuevamente 23 escalones. La escalera hacía un pequeño descanso y dando una vuelta, dejaba atrás la línea diagonal para internarse en el centro de la pirámide. Había descendido 46 escalones y a los 15 metros, el aire, a pesar de que la lámpara de gasolina había logrado sustituirse por una planta eléctrica, era irrespirable.

Después de 2 años, los resultados no podían ser más desconsoladores. Se habían descubierto 46 escalones y en un descansillo en cuyo muro opuesto, al nivel de la bóveda, se abrían 2 pequeñas aberturas que se tomaron por nichos. Segundo informe y segunda afirmación optimista: "Sin lugar a dudas, el año entrante hallaremos la solución al impenetrable misterio de la escalera".

"Patrón -decía Guadalupe Pech- ¿estamos buscando la ciudad perdida?"

"¿Qué ciudad perdida? -preguntaba extrañado Alberto Ruz.

Una que vi anoche en el cine. La encontraron unos gringos bajando por una escalera subterránea que era igual a ésta.

¡Quién sabe, Lupe! Pero quizá sea una trampa de ladrones de tumbas como las había en algunas pirámides de Egipto. Tú arrancas una piedra y la bóveda se te viene encima.

Muy bien. De cualquier modo un día tenemos que morir. Al menos tendré una tumba más grande y más bonita que todas las del pueblo. Y no estaré solo tampoco -añadió sardónico- pues tú me harás compañía.

Miguel, uno de los artistas de la expedición, hermano de Ruz, bromeaba: "Es una escalera de emergencia. Una escalera de incendio y nada más".

El arqueólogo César Saénz, su principal asistente, ante la masa de piedras exclamaba:

“¿Qué piensas que encontraremos debajo de todo esto?”

Ruz contestaba: “No puedo imaginarlo. Pero creo, con toda mi alma, que será una tumba magnífica”.

En la primavera de 1951, se inició el tercer año de exploraciones, revelándose un hecho significativo: los supuestos nichos abiertos en el descansillo eran dos estrechas galerías horizontales que daban al patio contiguo. Los sacerdotes, no sólo las habían obstruido tapiando la salida, sino que llenaron el patio de piedras en su afán de borrar todas las huellas del pasaje subterráneo. ¿A qué tanto misterio? ¿A qué este empeño en mantener secreta la existencia de una escalera? Ruz aguardaba sin despegar los labios. La limpieza de las galerías —en realidad se trataba de dos ventiladores primitivos— proporcionó aire y luz a los cansados trabajadores; pero no hubo otras modificaciones. Las palas continuaban limpiando escalones —13 más en 1951— y las rocas eran izadas monótonamente a lo largo del húmedo túnel. Ruz, de vuelta a su casa, se sentó a la máquina y escribió su tercer informe: 13 escalones que sumados a los 43 anteriores hacían 59 y dos ventiladores capaces de funcionar sin interrupción otro milenio. Ciertamente, había que aguardar 8 meses aún, pero el final no se ofrecía muy lejano. Sólo estaban a 3 metros del nivel de la plaza anterior. “El próximo año —la frase tradicional que cerraba sus informes— el misterio quedará aclarado definitivamente”.

Un arqueólogo que había leído 3 veces la misma frase optimista, movió la cabeza y estalló: “¿Cuántos episodios tendrá su endiablada invención?”

* * *

Cuarto año. 1952. En la estación, cuando Ruz sacó su cabeza que principiaba a encanecer por la ventanilla del tren, su mujer le gritó:

“Alberto, basta ya de “esperamos encontrar algo”. Si esta vez no llegas al fin, no te atrevas a volver a la casa”.

El tren se puso en marcha suavemente. Desfilaban los árboles de la selva chaparra. Ruz soñaba despierto: Bajaba por la escalera del Templo de las Inscripciones, una hora y otra



Alberto Ruz en la entrada de la cripta funeraria de Pakal II. Junto a él se aprecia la losa monolítica triangular que cerraba el acceso.

hora, un mes y otro mes, un año y otro año. Estaba horriblemente fatigado. Nuevo Jacob, veía una escala —nada luminosa por cierto— que en lugar de apoyarse en el cielo, se hundía, sin término posible, en las entrañas de la tierra. ¡La interminable, la sofocante escalera! 59 escalones de piedra, contados uno a uno, recorridos mil veces en su viscosa superficie. Pensados, soñados, maldecidos, ¿a dónde llevaban? Las joyas de oro, las perlas, el cristal de roca, los ricos tallados y los jades de la Tumba Siete de Monte Albán brillaban en su imaginación. ¿Y si condujera a un santuario, semejante al de Chichén Itzá o a un templo, como los que guarda en sus entrañas la Pirámide de El Adivino? También podía —y esta hipótesis no carecía de fundamento— llevar al infierno de los arqueólogos, al sitio espantable donde se achicharran a fuego lento todos

aquellos seres que cavan galerías sin objeto, derrochan el dinero ajeno y arruinan su carrera siguiendo pistas falsas en vez de estarse en unas ruinas descifrando katunes lupa en mano o estableciendo las relaciones que guardan las ollas teotihuacanas con las ollas de la ciudad santa de Cholula. Oía las voces de todos, ¿Qué piensa usted encontrar al final de la escalera? ¿Cuántos episodios tendrá su endiablada invención? Ah, se trata de una escalerita de emergencia, de una vulgar escalera de incendios” —dominadas por la voz de su mujer: “Alberto, no te atrevas a volver a casa”.

No, no volvería a su casa. Se quedaría en Palenque, sepultado bajo la bóveda de la escalera —¿no era también un frustrado ladrón de tumbas? —en compañía de Guadalupe Pech, entre las nauyacac que viven en las galerías ruinosas de las pirámides. Un anciano del Instituto de Antropología, a nombre de sus colegas, descubriría su modesto epitafio: “Aquí yace Alberto Ruz Lhuillier, heroico descubridor de una escalera que no conducía a ninguna parte”, mientras su alma descendía, melancólica e interminablemente, los 59, los 950, o los 590 000 escalones que conducen al mundo de los réprobos.

Abrumado bajo el peso de sueños más horribles aun, o agitado alternativamente por deslumbradoras esperanzas, Alberto Ruz emprendió su cuarta jornada en Palenque. Se descendieron —todavía— 12 escalones. Estaban a 20 metros de profundidad, al nivel de la plaza exterior, y la escalera terminaba desembocando en un pasillo obstruido —no podía esperarse otra cosa— por un muro. Se le derribó con furia y cuando se creía avanzar sin interrupciones, he aquí que un muro todavía más espeso y sólido que el anterior, una pared de cal y canto, les cerró el paso. Una semana entera les llevó horadarlo. Los obreros, hundidos literalmente en la cal viva —las filtraciones del agua empapaban el muro— trabajaban con las manos ensangrentadas y los pies llenos de quemaduras.

Frente a este segundo muro, al remover las piedras, se encontró un nicho cubierto con losas que contenían una rica ofrenda: tres pequeños platos de cerámica pintados al fresco,

7 cuentas de jade, 2 orejeras labradas y 3 conchas y una hermosa perla en forma de lágrima. Despejado el corredor, en la pared de la derecha descubrieron otro nicho de toscas piedras. “Otra nueva y quizá más rica ofrenda de ornamentos de jade”, pensó Ruz. En realidad, era una ofrenda, pero no de joyas, sino de seres humanos, ya que en la pequeña caja se hacinaban 6 esqueletos de jóvenes —uno por lo menos era de mujer— con los cráneos deformados artificialmente y los dientes incrustados.

Ruz se sintió deprimido. ¿La interminable escalera se había construido sólo para llegar al nicho mortuario? Ahora, los restos de los que habían sido jóvenes llenos de vida, descansaban allí, proyectando una sombra de tristeza sobre todos, y el pasillo concluía abruptamente. Ruz, a pesar de la fatiga, —estaba sumergido en un baño de vapor y las explosiones de la planta eléctrica le martillaban el cerebro— analizaba cuidadoso y sereno los menores detalles que le ofrecía el nuevo episodio de su investigación. ¿Qué suponían aquellos esqueletos? ¿Los jóvenes, no montaban una guardia, no defendían con su horrorosa muerte un tesoro, un altar, la tumba de un gran señor palenquero?

Examinó de nuevo el pasillo. A la derecha y abajo del nicho, la bóveda mostraba uniformidad y solidez, pero a la izquierda, cerca del muro que lo tapiaba, apareció, entre las piedras removidas, el dibujo de una abertura cerrada por una losa triangular que debía pesar algunas toneladas. Ordenó a Guadalupe Pech que explorara los bordes y la barreta se hundió en el vacío.

El cansancio desapareció. Todos se esforzaban en arrebatarle la lámpara y todos, aplastados contra la mojada pared, trataban de contemplar el asombroso espectáculo.

(continuará en el próximo número)

